

Entrevista

José María Guerrero (Posadas, Córdoba, 1911), vecino centenario de L'Hospitalet. Ha cumplido los 100 años en la Residencia Collblanc, después de vivir en la Florida y de haber sido maquis andaluz

“En el 36, dejé el pueblo y me eché al monte con los rojos”



José Guerrero en el pequeño jardín que cuida en la Residencia Collblanc, con la medalla de centenario

CRISTINA SÁNCHEZ

¿Qué recuerdos tiene de su pueblo, Posadas?

Tengo recuerdos buenos y otros malos. Allí hice todas las tareas del campo, pero principalmente me dedicaba a talar árboles. Éramos 10 hermanos y todos trabajábamos en el campo. Mi padre era muy respetado en el pueblo. Me vine a Catalunya por las circunstancias de la vida, pero yo quiero mucho a Andalucía.

¿Y cuando dejó su pueblo?

En el 36, cuando vi que empezaban a meter gente en la cárcel me eché al monte con los rojos, sin nada en las manos, con palos, éramos unos 70. Llegábamos a una finca y pedíamos de comer. A los 20 días tomamos el pueblo y le pedí a un vecino las armas que tuviera. Me tiró una escopeta del 12 con dos cañones y una canana con 25 cartuchos. Era de los pocos que tenía armas.

A partir de ahí me alisté en el frente como voluntario en Madrid, y luché en Catalunya y en el frente de Aragón y después nos apresaron. Estuve en campos de concentración en Francia, en Argelès, Saint Cyprien, en Perpignan y en una compañía de trabajadores en los Alpes Marítimos. Allí hacía mucho frío y si te quejabas, el capitán te decía “travailler o metralleta”. Por entonces, la propaganda decía que si no tenías las manos manchadas de sangre podías volver a España, así que volví y estuve en campos de trabajo de Reus, de Horta y al final, en un batallón de trabajadores en Garrapinillos, en Zaragoza. Allí me licenciaron después de un año de buena conducta porque yo había dejado dos hijas preciosas en Andalucía y quería volver.

Y, ¿qué pasó cuando volvió?

Pasé mucha hambre. Mi mujer y mis hijas iban a comedor y les daban un cazo con agua, porque aquello era

agua, y un trozo de pan, y eso era para los pequeños. Yo iba por los campos y buscaba espárragos, lo que fuera.

En el año 1963 se viene a Catalunya. ¿Por qué?

Encontré trabajo de guarda en una finca, pero en el campo pasábamos necesidad y yo ya tenía 5 hijos. Mi

“En los Alpes Marítimos, si te quejabas, el capitán te decía ‘travailler’ o metralleta”

“En la calle Alegría, de la Florida, soy el abuelo de todos”

mujer vino primero con los hijos solteros porque en Barcelona ya vivía una hermana mía. Y cuando encontró piso de alquiler me vine yo con mis hijas casadas. Primero trabajé en una agencia de transportes y después en la Tabacalera, donde he estado 17 años hasta jubilarme.

¿Y cuándo llegan a la Florida?

En el piso de alquiler en Barcelona no cabíamos todos, así que compramos un piso en la Florida, en la calle Alegría, para que viviera parte de la familia. Bueno, primero compré el terreno y nos vinimos en los 80.

Sigue visitando la Florida aunque viva en la Residencia Collblanc...

Me gusta mucho, si tú en la calle Alegría hablas del Abuelo, soy yo, el de todos. Tengo muchos amigos allí, en el Casal, que han puesto precio. Allí juego a dominó y hablo con los compañeros. Voy de una a dos veces a la semana en autobús, to-

mo el LH2 de ida y el LH1 de vuelta.

Y su último destino es la Residencia de Collblanc Companys Socials.

Me apunté antes de que la acabaran. Aquí estoy yo encantado. Cuando vine había un patio vacío y planté tomates y pimientos pero con el sol se quemaron. Y ahora, con las chicas de la residencia, hemos puesto flores y yo las voy apañando, las riego... Además, si a mí me dejaran, haría muchas cosas pero hay una enfermera que me lleva así (levanta el dedo). Por ejemplo, lleno las jarras de agua con las garrafas, recojo y limpio los baberos, bajo y subo las persianas. Me encanta y me quieren con delirio.

¿Lleva siempre puesta la medalla de centenario?

Siempre. Me ha hecho conocer a muchas personas que me la ven y me preguntan. Es una de las cosas más bonitas. ■